

# Los otros ámbitos de Zenaida Manfugás

Jorge Olivera Castillo  
Escritor y periodista  
La Habana, Cuba



*Zenaida Manfugás*

Zenaida Manfugás ha entrado a la historia musical cubana a pesar de los cerrojos que los comisarios de la cultura se empeñan en reforzar, quizás hoy con algo más de recato, pero siempre con la intención de dejar fuera a los artistas de la diáspora, vivos o muertos, que se resistieron o se resisten a colmar con la versión tropical del marxismo-leninismo.

La pianista negra, nacida en 1932 en la oriental provincia de Guantánamo, decidió en 1970 regresar a España para nunca volver a la Isla. Ya en 1949 había ganado una beca allá para estudios de especialización, tras

graduarse en el conservatorio municipal. Por diversas razones, entre ellas el color de su piel, tuvo que esperar hasta 1952 para la subvención.

Recibió clases del eminente profesor Tomás Andrade de Silva y más tarde, en París, tomó cursos con uno de los pianistas más excelsos del siglo XX: Walter Gieseking. Como parte de sus logros, especialmente en España, habría que señalar su debut con la Orquesta Sinfónica de Madrid, antes de cumplirse el primer año de estancia.

En 1958 se asentó de nuevo en Cuba y ocupó una cátedra en el Conservatorio Ale-

jandro García Caturla. Participó en conciertos con la Orquesta Sinfónica Nacional y realizó giras internacionales por Asia y Europa.

A los 38 años Manfugás partió sin boleto de retorno a España y cuatro años después viajó a Estados Unidos. Entre Nueva Jersey y Miami transcurriría su vida, marcada tanto por la frustración de nunca poder grabar sus interpretaciones en disquera de renombre como por muchos éxitos, como sus presentaciones en el Carnegie Hall, su trabajo como solista en la Orquesta Sinfónica del Nuevo Mundo (Miami Beach) y formar parte del claustro de profesores del Kean College (Nueva Jersey), donde impartió clases sobre Historia de la Música.

A partir de su talento y las enseñanzas de su progenitora, Andrea Manfugás Crombet, otra gran pianista con grandes dotes para la pedagogía, Zenaida se impuso en un medio hostil, que la discriminaba por ser mujer, negra y pobre.

Creció en época extremadamente difícil para salir del anonimato con tales desventajas. Sin embargo, con indeclinable tenacidad u el apoyo de grandes personalidades de la música como los maestros Gonzalo Roig y Ernesto Lecuona, pudo abrirse paso hasta alcanzar la estatura de artista a recordar cada vez que se aborde el tema del repertorio clásico interpretado por mujeres. Un breve recuento revela la escasa nómina de féminas nacidas en la Isla que trascienden por su calidad en este ámbito del arte musical.

El célebre poeta y periodista cubano Gastón Baquero, quien llegó a ser jefe de redacción del Diario de la Marina, conocido como el decano de la prensa cubana (1932-1960), dejó constancia de la genialidad de Zenaida en cada una de las piezas que tocaba: “Conmovía

verla frente al piano, desarrollando la difícil y austera estructura de un Haydn, o la tremenda espiritualidad de Federico Chopin.” Otro destacado intelectual, Jorge Mañach, a raíz de un concierto de Zenaida, afirmó:

“Antier, en la Casa Cultural de las Católicas, Zenaida Manfugás tocó como los ángeles en más de un sentido. Quiero decir que se hizo ella misma incorpórea, mera presencia musical. Ni siquiera se deslizaron en sus modos de interpretación aquellos acentos que una crítica sobreaguda suele asociar a su raza —la exuberancia, la voluptuosidad en el regodeo melódico, cierto íntimo patetismo superpuesto. Fue (hasta donde se le alcanza a quien sabe poco de estas cosas) música de una gran sobriedad, castidad, pureza interpretativa; esa música que no cae en los engruimientos a medias y que, por consiguiente, sólo se escucha en la etapa reveladora o en la etapa ya muy gloriosa de los grandes talentos”.

El olvido es ajeno a esta singular pianista. Su legado permanece al margen de las maniobras que se hacen para anular sus importantes aportes a la cultura cubana. Definitivamente, Zenaida se fue a vivir a otros ámbitos. Quizás ahora esté frente a un auditorio de querubines interpretando piezas de sus compositores favoritos: Johann Sebastián Bach, Johannes Brahms y Federico Chopin. Nos abandonó un 2 de mayo de 2012.

La partida a su nueva morada la hizo desde un humilde apartamento de Nueva Jersey. Tenía 80 años y un ferviente deseo de tocar su último concierto en La Habana o en su natal Guantánamo.

A menudo expresaba que prefería las lecturas de Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset antes que la música. Por suerte, nunca se separó del piano.